

hasta que en Febrero de 1729 llamó Dios al eterno descanso al benemérito P. Picolo. Tenía entonces setenta y nueve años de edad.

Más sensible para todos fué la muerte del P. Juan de Ugarte. Había trabajado cerca de treinta años «que pudieran, dice Venegas, contarse por sesenta y por más; pues en ellos trabajó no como uno sino como muchos, siendo el Atlante de toda la misión, que cien veces se hubiera deshecho, a no haberla sostenido a costa de imponderables afanes con aquel singular talento que Dios le dió para todo» (1). Su muerte acaeció en el pueblo de San Pablo, perteneciente a la misión de San Javier, el 29 de Diciembre de 1730.

Estas dos muertes no entorpecieron el avance progresivo de la misión. En el mismo año 1730, el P. Sebastián de Tamaral daba principio a la misión de San José, junto al Cabo de San Lucas en la punta meridional de California. Trabajosa fué la conversión de aquellos gentiles y era un triunfo hacerles renunciar a los dos vicios dominantes, la poligamia y la holgazanería. Merecen copiarse algunas palabras que el P. Tamaral escribía al Marqués de Villapiente un año después. «Es sumamente difícil, dice, el persuadir a estos bárbaros, que se resuelvan a dejar el gran número de mujeres que cada uno tiene. Este es el óbice más difícil de vencer, parte porque ellos idolatran en las mujeres, parte porque ellas desechadas de uno, no hallan fácilmente quien las admita, y parte, porque reducidos a una sola mujer, según nuestra Ley santa, se ven necesitados a salir a buscar sus comidas, estando criados en un total ocio, tendidos a la sombra en los bosques, donde a cada uno le traen a porfía de comer sus mujeres con abundancia de sus semillas y frutos silvestres, esmerándose cada una en traer más y mejor, para que a ella la quiera más que a las otras. Con esto, unos hombres ociosos y totalmente descuidados, criados en esta vida bestial, reducirse a vida racional dejar las mujeres, haber de tomar el trabajo de buscar sus comidas para ellos y para sus hijos, con todo lo demás de suyo arduo para una gente salvaje, es milagro de la divina gracia el que ellos y ellas se resuelvan a abrazar la fe santa y vida cristiana» (2).

(1) *Noticia de la California*, t. II, p. 418.

(2) Véase el texto de esta carta en Venegas t. II, p. 429. Se escribió la carta el 15 de Junio de 1731.

A pesar de tan arduas dificultades, el P. Tamaral contaba al cabo de un año con 1.036 cristianos ya bautizados y otros varios catecúmenos, a todos los cuales iba acostumbrando poco a poco a las prácticas de la vida cristiana. Por el mismo tiempo, el Padre Segismundo Taraval, echaba los cimientos de la misión de Santa Rosa, pueblo que parece haber desaparecido, aunque según las indicaciones de aquellos tiempos, debía estar situado entre Santiago y San José.

6. Así procedían las misiones de California, entre grandes penalidades y trabajos, pero avanzando siempre en la conquista espiritual del territorio, cuando sucedió lo que hasta entonces no se había visto y que nuestros lectores habrán echado tal vez de menos en esta empresa apostólica. Efectivamente, parece algo singular que se asiente una misión entre gentiles sin que la riegue más o menos la sangre de los mártires. Habían observado nuestros misioneros alguna diferencia de carácter entre los indios del Norte y los del Sur de California. Los primeros eran más dóciles, menos inquietos y no tan estragados en los vicios de la gentilidad. En cambio, los del Sur mostraban un carácter más avieso y aferrado a sus costumbres antiguas. Sucedió que la codicia de las perlas atrajo a aquellas costas algunas naves de aventureros, y los indios no aprendieron nada bueno con el trato de estas gentes, y más bien abrieron los ojos para cometer ciertas picardías que antes ignoraban. Algunos negros y mestizos que de estas embarcaciones saltaron en tierra contribuyeron a malear todavía más a los salvajes.

En 1733 empezó a fraguarse cierta conspiración en las misiones de Santiago y San José, que no dejaron de dar cuidado. Había sido puesto, en la primera de estas misiones, por gobernador de los indios uno a quien llamaban Botón, hombre de mayor capacidad, pero también de peores inclinaciones. El P. Carranco, que cuidaba de la misión desde algunos años atrás, hubo de reprender a este indio, porque después de bautizado vivía como gentil. No habiendo producido ningún efecto las reprensiones, el Padre misionero le depuso de su cargo de gobernador y le afeó públicamente sus delitos. El indio calló por entonces, pero empezó a inquietar a otros, incitándoles a matar al Padre y a vivir con la libertad salvaje que antes gozaban. Por el mismo tiempo andaba en la misión de San José un mulato llamado Chicori, que vivía con varias mujeres, y un día robó una muchacha que ya

estaba bautizada. El P. Tamaral acudió a él, y ya con ruegos, ya con amenazas, le hizo soltar la presa. Poco después llegó, no sabemos con qué motivo, a esta misión el perverso indio Botón que alborotaba a los indios de Santiago. Temieron por un instante los dos Padres misioneros que estallase una sublevación, contra la cual no tenían más defensa que dos o tres soldados del presidio español, que solían ser enviados desde Loreto a las regiones meridionales de California. Como el peligro se mostraba principalmente en Santiago, acudió allí el P. Tamaral, y con el P. Carranco procuraron ir apaciguando los ánimos algo alborotados de los indios.

Creando ya restablecida la tranquilidad, trató el P. Tamaral de volverse a su puesto de San José; pero le avisaron algunos indios fieles de que le esperaban en el camino Botón y Chicori, con dos cuadrillas de indios, para matarle. Entonces el misionero envió recados por distintos caminos a sus cristianos de San José, para que viniesen con armas a defenderle. Obedecieron ellos, y por diversos caminos concurrieron muchos indios armados en torno del Padre. Como supieron esto Botón y Chicori, no se atrevieron a pelear con tanta gente y se retiraron de la emboscada. Escoltado por sus fieles indios, volvió el Padre a su misión de San José. Observando los dos cabecillas enemigos que el negocio no estaba maduro para sus intentos, mostraron arrepentirse de su crimen y vinieron a pedir perdón al Padre, rogándole que olvidase lo pasado. A principios de 1734 parecía quedar todo en paz, y en efecto, nadie la perturbó en el espacio de unos ocho meses.

Por Setiembre del mismo año empezaron a agitarse varias rancherías de los pericues y de los guaicuros, que deseaban acabar de una vez con los misioneros y sacudir el yugo de la ley cristiana que los Padres les querían imponer. Eran bastantes todavía los indios infieles que había en los territorios de aquellas misiones meridionales. Por otra parte, para resguardo de los jesuitas no había en aquellas regiones sino seis soldados: tres en Santa Rosa, dos en Santiago y uno en La Paz. Aun siendo tan pocos no dejaban de infundir cuidado a los indios, los cuales determinaron acabar primero con ellos, antes de acometer a los Padres. Un día, mientras estaba en el monte haciendo leña uno de los soldados de Santiago, se vió súbitamente rodeado por los indios, que le mataron a flechazos y golpes. Pocos días después hicieron otro tanto con el soldado que había quedado en La Paz.

La noticia de estos dos crímenes, comunicada prontamente al P. Clemente Guillén, nombrado poco antes Visitador de California, hizo que al instante enviase a los misioneros del Sur la orden de recogerse a Loreto o a otra región que estuviese más distante de los indios conjurados. No pudo ejecutarse todo lo mandado por el P. Visitador, porque la catástrofe se precipitó antes de que los misioneros pudieran prevenirse contra el sangriento atentado que preparaban los pericues.

En 1.º de Octubre de 1734, el P. Lorenzo Carranco, después de decir misa en Santiago estaba dando gracias a Dios con mucha devoción, cuando de repente vió venir un grupo de indios, a los cuales había enviado a San José para que acompañasen al P. Tamaral, a quien había escrito que viniese a Santiago. Como vió que no venía con ellos el Padre, preguntóles si acaso traían alguna carta. Ellos le entregaron un billete del P. Tamaral. Abriólo el P. Carranco, y mientras lo estaba leyendo, precipitose en la estancia un gran número de sediciosos, quienes, arrojándose sobre el Padre, le sujetaron por todos lados y con grande algazara le sacaron al campo. Allí, cercándole por todas partes, le atravesaron con innumerables flechas, mientras él pronunciaba los nombres de Jesús y María. Cayó al suelo sin sentido y los conjurados le acabaron a golpes que le daban con piedras y con palos. Desnudaron después el cadáver, y cometiendo con él execrables abominaciones, lo arrojaron a las llamas. Un niño que acompañaba al Padre y lloraba al verle maltratar fué también bárbaramente sacrificado por los infieles. Los asesinos registraron después la casa e iglesia, robaron cuanto podía servirles de alimento o vestido y destrozaron los vasos sagrados, las cruces, imágenes, misales y cuanto había en la iglesia.

Dos días después, domingo 3 de Octubre, presentáronse en la misión de San José y hallaron al P. Tamaral retirado en su aposento. Empezaron a entrar en él los conjurados, pero disimuladamente, con pretexto de pedirle algunas cosas de las que solían repartirles los misioneros. Uno pedía maíz, otro sayal, otro una frazada, etc. Observó el Padre que aquellos hombres entraban armados y no tenían cara de amigos. Sin embargo, empezó a responderles con muestras de cariño, prometiéndoles darles de lo que hubiera en casa. De repente, mientras él les hablaba con afectuoso semblante, dos indios, que se habían puesto a sus espaldas, le empujaron violentamente hasta derribarle en el suelo.

Entonces, asiéndole por los pies, le arrastraron fuera de la casa y le acabaron a flechazos y golpes. Desnudáronle como al Padre Carranco, y cometiendo las mismas obscenidades, le arrojaron a las llamas.

Habían pensado hacer otro tanto en Santa Rosa con el P. Segismundo Taraval; pero éste, avisado de la muerte del P. Carranco, tuvo tiempo para recoger los ornamentos y alhajas sagradas y retirarse con todo a la misión de La Paz. Cuando los conjurados entraron en Santa Rosa no hallaron al Padre y desahogaron su furia en veintisiete cristianos o catecúmenos inocentes, a los cuales asesinaron sin piedad por solo el crimen de ser cristianos. Dos semanas después el P. Segismundo escribía tristemente estas palabras al P. Provincial José Barba: «Alzáronse los indios pericues y mataron a sus dos Padres Lorenzo Carranco y Sebastián Tamaral, al primero el día 1.º de Octubre y al segundo el día 3. La causa o motivo de su alzamiento no hallo haber sido otro que el odio a los divinos preceptos y el amor a su bárbara libertad... Se alzaron como dije los pericues, y a su vista los huchitíes, que formaban el cuerpo principal de mi misión, hicieron con las iglesias lo que los hugonotes en Francia. Por lo cual fui precisado a retirarme a una isla con los que tenía en Todos los Santos... Retíreme, pues, a la isla del Espíritu Santo, que así la llaman, y pertenece a la misión de Nuestra Señora del Pilar [de la Paz]. Allí me estuve con los feligreses que me siguieron, de los cuales algunos eran de dicha isla, de donde me envió a llamar el P. Visitador para que se pongan los medios necesarios para que se restaure» (1).

Esta revolución de los pericues y los horrendos destrozos que causaron en las misiones meridionales llenaron de consternación a nuestros misioneros, no acostumbrados en California a semejantes trastornos. Creció la ansiedad de todos al oír que doscientos

(1) *Mexicana, Historia*, III. Todo este episodio de la rebelión de los pericues y del martirio de los dos Padres lo puede ver el lector en la obra tantas veces citada del P. Venegas *Noticia de la California*, t. II, p. 461 y siguientes. En el Archivo de Indias 67-3-29 se conserva el memorial dirigido por el P. Guillén al Virrey en que explica estos sucesos, pidiendo socorro de soldados para la misión. En el mismo legajo puede verse otro del P. José Barba, Provincial de Nueva-España, representando la ruina de aquellas misiones. De estos dos memoriales y de algunas cartas que se guardan en el mismo legajo debió sacar el P. Venegas su narración.

tas leguas al Norte empezaban a agitarse los indios de otras misiones para imitar el golpe de mano dado por los pericues. En tan triste situación, y no teniendo a mano sino una veintena de soldados en Loreto, el P. Clemente Guillén, Superior de la Misión, quiso al menos salvar la vida de los otros misioneros y les mandó recogerse a Loreto, donde podían estar seguros al amparo del presidio español.

Al mismo tiempo el P. Superior envió cartas apretadas a Méjico, exponiendo el estado lastimoso de la misión y el peligro que corría de perderse toda la cristiandad de California. Por ausencia del P. Provincial, presentóse al Virrey el P. Juan Antonio de Oviedo, Prepósito de la Casa Profesa de Méjico, quien con las cartas del P. Guillén en la mano suplicó instantemente a Su Excelencia que enviase fuerzas militares a California para sofocar aquella rebelión. Era Virrey entonces de Nueva España el Sr. D. Juan Antonio Bizarón, Arzobispo de Méjico. Precisamente por entonces se había renovado en aquella ciudad el pleito siempre antiguo y siempre nuevo de los diezmos (1). Hallándose agriado con este pleito el Arzobispo-Virrey, no se apresuró a favorecer a los jesuitas. Respondió con buenas palabras, observando que no tenía órdenes del Rey sobre los negocios de California. Insistieron de nuevo por Abril de 1735 el P. Guillén y el P. Provincial José Barba, y Su Excelencia respondió con mucha flema que podían acudir a Su Majestad con su demanda y que él la recomendaría con sus cartas (2). Famosa respuesta! ¡A quien tiene ardiendo la casa y pide auxilio decirle que vaya a buscarlo a dos mil leguas de distancia! El escarnio no podía ser más sangriento. Hubieron, pues, de acudir los jesuitas a Madrid, pidiendo socorro para su desventurada misión de California.

Entretanto resolvió el P. Guillén hacer por cuenta propia lo que podía. Envió con una embarcación al P. Jaime Bravo a las

(1) El P. Alegre (t. III, p. 252) insinuó un poco este litigio, pero no quiso explicarlo. Debió durar bastante este pleito, pues ya se litigaba en 1734 y perseveraba la contienda en 1738. En el Archivo de Indias, 87-6-21, aparece una real cédula al Cabildo de Méjico, dada en San Lorenzo el 21 de Octubre de 1738, por la que se permite que venga a Madrid un prebendado, para defender los derechos de aquella Iglesia en el pleito sobre los diezmos con los jesuitas.

(2) Esta respuesta nos la refiere el P. Rodero en su memorial o informe dirigido al Rey en 1738. (Archivo de Indias, 67-3-29.)